

El programa de Francisco

Lluís Martínez Sistach

Cardenal arzobispo de Barcelona

El verano suele ser un tiempo bien aprovechado por el papa Francisco. Ya era ésta su costumbre en Buenos Aires. Permanecía en su residencia habitual y dedicaba el tiempo de vacaciones a escribir, a rezar y a la lectura. Un periodista le preguntó qué leía en estas semanas más relajadas, sin los compromisos y agobios habituales, y él contestó muy escuetamente: «Obras clásicas.» La publicación de la extensa exhortación apostólica que recoge las aportaciones del Sínodo de los Obispos del año 2012 nos demuestra que el verano también le cunde en Roma, donde permaneció durante todo el mes de agosto.

Recuerdo que en la larga audiencia que me concedió en la Residencia Santa Marta el pasado 6 de septiembre, pude oír de sus labios estas palabras: «Ya tengo terminada la exhortación sobre el pasado Sínodo.» Pensé enseguida que le había dedicado muchas horas de su primer agosto romano. Ahora ya tenemos el resultado en nuestras manos, capaz de entusiasmar. He visto esta reacción en muchos estos días pasados.

La alegría del Evangelio es un documento programático del Papa para los años que sea Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal. Lo dice con estas palabras iniciales: «Invitar a una etapa evangelizadora marcada por la alegría, e indicar el camino para el resto de la Iglesia en los próximos años.» Se trata del deseo y del propósito del Papa para la reforma de la Iglesia con el fin de que ésta salga de sí misma, se acerque más a la gente y pueda realizar mejor su misión evangelizadora.

La reforma de la Iglesia en clave misionera

La clave de esta reforma queda muy clara en la exhortación. Consiste en la vocación misionera, en salir e ir a las periferias. Éste es el criterio de la verdadera reforma de la Curia romana y de todos los estamentos y estructuras eclesiales. Porque, como dijo Pablo VI, la Iglesia existe para evangelizar. Una Iglesia que no sea evangelizadora ni misionera no sirve para realizar lo que Jesús le confió al fundarla. Francisco nos dice ilusionado: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda la estructura eclesial se convierta en un camino adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autoconservación.»

Este programa se podría resumir en dos palabras: reforma y misión. Reforma de la Iglesia, que fue la intención del Concilio Vaticano II. Reforma, porque *Ecclesia semper reformanda*, la reforma es siempre una tarea inacabada. Y una reforma *in capite et in membris*, el impulso reformista viene desde la más alta instancia eclesial. Y, en consecuencia, incluye explícitamente en este proceso de reforma la misma manera de ejercer su función en toda la Iglesia el obispo de Roma. Se abren nuevos horizontes a la «colegialidad episcopal» —un tema



central del Vaticano II— lo que, en la práctica, significa proceder a una descentralización en la toma de decisiones e implicar a los obispos en el ejercicio del discernimiento. Esta tarea no la quiere hacer Francisco solo, sino que la encomienda también a los obispos y a toda la Iglesia, lo cual se expresa también en la consulta que ha iniciado como preparación a los sínodos de los dos próximos años 2014 y 2015, dedicados ambos precisamente a las cuestiones que preocupan a la familia, o sea, a la mayoría del Pueblo de Dios.

La aplicación del último Sínodo

Francisco recoge los contenidos del último Sínodo. Lo he podido constatar por haber sido miembro del Sínodo por nombramiento de Benedicto XVI. Pero lo hace con su estilo propio, y esto es una prueba más de su fuerte personalidad, que tanto interés está suscitando dentro y fuera de la Iglesia. Si su primera encíclica era un texto «a cuatro manos», un texto de Benedicto XVI, retocado y asumido por él, esta exhortación es obra de sus dos manos; es el programa de su pontificado.

Leyendo el documento, descubrimos su estilo al que nos tiene ya acostumbrados y recordamos muchas de sus ideas y expresiones porque las hemos escuchado de él y por su sencillez y claridad han quedado grabadas en nuestro interior. La exhortación tiene un lenguaje claro, inmediato, sin retórica ni subterfugios. El papa Francisco va al núcleo de los problemas que vive el hombre de hoy y que, por parte de la Iglesia, piden más que una simple presencia.

Aportación de Latinoamérica a la Iglesia

La exhortación recuerda en algunos de sus contenidos el documento del

«“La alegría del Evangelio” es un documento programático del Papa para los años que sea Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia universal»

«El papa Francisco va al núcleo de los problemas que vive el hombre de hoy y que, por parte de la Iglesia, piden más que una simple presencia»

«En conversaciones mantenidas con el Papa, me ha manifestado que está muy interesado en la pastoral de las grandes ciudades»

una aportación a la Iglesia universal del cristianismo vivido en aquel continente que tiene la mitad de los católicos del mundo. Francisco afirma: «Repito aquí para toda la Iglesia lo que muchas veces he dicho a los sacerdotes y laicos de Buenos Aires: prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro.»

El Papa ha sido pastor de la gran Buenos Aires y por eso habla también de los desafíos de las culturas urbanas. En conversaciones mantenidas con el Papa, me ha manifestado que está muy interesado en la pastoral de las grandes ciudades, afirmando que «las nuevas culturas continúan gestándose en enormes geografías humanas». Una cultura inédita late y se elabora en la ciudad. Es necesario llegar allá donde se gestionan los nuevos relatos y paradigmas, conseguir con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades.

Contenido global del documento

En los capítulos de la exhortación hay siete puntos que constituyen las columnas básicas de la visión del papa Francisco sobre la evangelización: la reforma de la Iglesia en salida misionera; las tentaciones de los agentes pastorales; la Iglesia entendida como la totalidad del pueblo de Dios que evangeliza; la homilía y su preparación; la inclusión social de los pobres; la paz y el diálogo social; y las motivaciones espirituales en el compromiso misionero.

Ahora Francisco asume el reto y nos pone a trabajar. Con la seguridad de quien sabe qué camino desea seguir. Y lo hace con el realismo, la espontaneidad y la alegría de las Iglesias latinoamericanas reunidas en Aparecida. Por eso ha querido poner la palabra «alegría» en el título de su carta: *La alegría del Evangelio*.

Episcopado Latinoamericano y del Caribe en el encuentro de Aparecida del cual el cardenal Bergoglio fue el redactor principal. Así, el que fue cardenal arzobispo de Buenos Aires hace